

LOS LIMPIA METALES



COLECCION MARUJITA

Nº 64

Los limpia metales

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

118X162

PRINTED IN ARGENTINA



Los Limpia Metales

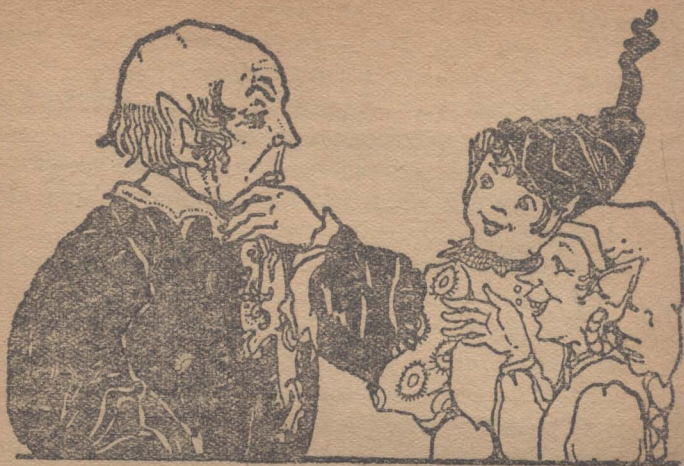
Una vez, allá en el País de las Hadas, el señor Poderoso, del Palacio Alto, ordenó a sus criados que limpiasen los desvanes. Obedecieron y, uno de ellos, encontró un cofre viejo, muy grande y pesado.

Al abrirlo, vió dentro gran cantidad de adornos y joyas de plata, de oro y de bronce. Pero habían permanecido allí tantísimo tiempo, que todos los objetos estaban ennegrecidos por la acción de los años transcurridos; hasta el punto de que apenas se adivinaba la naturaleza de cada uno.

—Será preciso limpiar todo eso—dijo el señor Poderoso cuando se enteró del hallazgo.—Quizá sean cosas extrañas y maravillosas.

—Tenemos ya mucho trabajo con la limpieza que realizamos en la primavera—contestó el mayordomo, haciendo una reverencia.—¿Me permitís, señor, que tome dos criados más, para que limpien esos objetos? Están tan sucios, que, por lo menos, tardarán dos semanas antes de dejarlos como es debido.

—Bueno, toma dos criados más, pero encárgales que hagan bien su trabajo—contestó el señor Poderoso.



—YO ME LLAMO DIN Y ÉSTE DON—CONTESTÓ
EL MÁS DESCARADO

El mayordomo preguntó al cocinero si conocía a alguien y éste interrogó a la fregona, quien replicó que lo diría a su madre. Y la madre de la fregona lo que hizo fué ir a visitar a la señora Rita, del pueblo del Limón, quien, por casualidad, conocía a dos geniecillos, los mismos que, dos o tres años antes, se habían encargado de limpiar algo en casa de su cuñada. En una palabra, por fin encontraron a los dos geniecillos, y éstos se presentaron al mayordomo.

Al tal mayordomo no le gustó el aspecto de los geniecillos, ya que los vió astrosos y le parecieron algo descarados. Pero como escaseaban los criados, porque en todas las viviendas cercanas estaban en plena limpieza de primavera, se resolvió, al fin, a aceptarlos.

—¿Cómo os llamáis?—les preguntó.

—¡Yo Din y éste, Don!—contestó el más descarado de los dos.—¿Cuál será nuestro trabajo?

—Limpiar todos los objetos de metal—contestó el mayordomo levantando la tapa del cofre.

—¡Qué cosas tan sucias!—exclamó Din, al verlas.

—Tendremos que pasar muchas semanas en este trabajo—advirtió Don.

—No—replicó secamente el mayordomo.—Si no lo hacéis en quince días, sabréis quien soy yo.

—¿Y qué nos van a pagar por este trabajo?

—Se os dará cama y comida, y luego el dinero que mi señor quiera pagaros—contestó el mayordomo.

—Bien, nuestro precio es diez céntimos por día—hizo saber Don.—Muy barato. Hacédselo saber al Poderoso, señor mayordomo.

—Hablad del amo con mayor respeto—ordenó el mayordomo, muy nervioso, mirando a su alrededor.—Si os oyese, sería capaz de meteros en la cárcel. Más respeto, no lo olvidéis.

—¿Qué significa eso de **respeto**?—preguntó Don, al tiempo que empezaba a bailar por la cocina, al compás de una alegre canción, que él mismo silbaba.

El mayordomo se horrorizó al verlo y le ordenó que cesara en su baile.

—¿Qué es lo que te imaginas?—le dijo.—¡Aquí no se puede hacer eso!

—¡Oh, sí que podemos!—exclamaron entonces los dos geniecillos a coro.—¡Mire!

Se cogieron de las manos y empezaron a bailar como locos. Tan rápidos volteaban, que chocaron contra un asombrado lacayo, quien asustado, dejó caer al suelo seis palmatorias de plata que llevaba.



LA FREGONA Y EL LIMPIABOTAS EMPEZARON A BAILAR

De resultas del escándalo que esto produjo, entonces preguntó una voz desde la sala:

—¿Qué ruido es ése?

El mayordomo palideció, porque era, nada menos, el señor Poderoso el que acababa de hablar.

—Perdonadme, señor—exclamó acudiendo a su presencia.—Pero ha ocurrido un pequeño accidente en la cocina... Se han caído unas palmatorias.

—¡Pues que no vuelva a suceder!—ordenó Poderoso, al tiempo que entraba en su gabinete, dando un portazo, quizá para apoyar sus palabras.

—Ya lo habéis visto—dijo el mayordomo a Dín y Don.
—Eso os demostrará qué resultados da hacer el loco.
Vamos, sentaos en es rincón y empezad a trabajar. Y como os vuelva a oír silbar o cantar, os quedaréis sin cena.

Los dos geniecillos se sentaron y, después de sacar dos objetos del cofre, los limpiaron en silencio... pero no por mucho tiempo. Pronto, uno de ellos empezó a tararear una alegre canción. El otro llevaba el compás con el pie y finalmente los dos se levantaron y empezaron a bailar, aunque sin dejar de abrillantar los dos objetos que tenían entre las manos. La fregona, al ver aquello, se echó a reír y se unió a su danza. Luego el limpiabotas se animó también y, agarrando a la criada, la hizo girar por la cocina.

Desgraciadamente, cayó una silla al suelo con gran estrépito y además se derramó un cubo de agua. El mayordomo, que entró en tan justo momento en la cocina, para averiguar la razón de semejante ruido, recibió toda el agua en los zapatos, que le quedaron completamente mojados.

—Os mandé que estuviéseis sentados y sin hacer ruido—dijo a los asustados geniecillos.—Daos cuenta de lo que habéis hecho.

Les atizó un par de sopapos y ellos se echaron a llorar. El mayordomo dió también una zurra al limpiabotas y mandó finalmente a la fregona a la cama.

Además advirtió a Dín y Don:

—Si vuelvo a oíros, os meteré en el gallinero para que os piquen las gallinas.

Y esa amenaza asustó esta vez tanto a los duendecillos, que, durante el resto del día, no se dejaron oír.

Pero en cuanto brilló el sol a la mañana siguiente, ya no se acordaron más de lo ocurrido el día anterior. La



DIN Y DON HICIERON UNAS CABRIOLAS

verdad era que no podían estarse quietos. El mayordomo se disponía ya a despedirlos, cuando se fijó en el trabajo que habían llevado a cabo. Vió que habían limpiado las coronas, las palmatorias, los collares, los jarrones y otras cosas tan hermosas, que, en el acto, desistió de su intención.

Examinó minuciosamente la forma en que realizaban su trabajo y vió que usaban una substancia contenida en un tarro rojo. Ponían un poco de aquella pasta en los paños antes de empezar la limpieza de un objeto.

—¿Qué es eso que ponéis?—preguntó el mayordomo.

—Es nuestro secreto y no estamos dispuestos a divulgarlo—declaró Don.

—Eso lo inventó nuestra bisabuela—añadió Din.—ella se lo comunicó a su hija, quien se lo dijo a nuestra madre, que, a su vez, nos reveló el secreto. Es una pasta muy eficaz. Gracias a ella podemos limpiar todas esas cosas con rapidez y perfección.

El mayordomo se dijo que todos aquellos objetos parecían realmente nuevos después de limpiados por los

geniecillos. Miró luego el cofre y vió que aún quedaban unos cincuenta objetos por limpiar.

—Valdrá más que no me fije en su descaro y les deje acabar su trabajo—se dijo.

Se abstuvo, pues de seguir regañándoles y ellos, entonces, alegres por demás, empezaron a bailar con el mayordomo, cantando alegremente. Luego le tiraron de las patillas y le quitaron los zapatos y el pañuelo que llevaba en el bolsillo. ¡Y no les importaba un ardite lo que pudiera pensar de todo aquello el señor Poderoso!

¿Y os figuráis que se asustaron cuando al fin le vieron? Nada de eso. Siguieron limpiando los metales, sin dejar de canturrear. Después empezaron a sonreírle y el señor Poderoso se enojó sobremanera, hasta el punto que les ordenó que abandonaran el trabajo. Los geniecillos obedecieron, pero con gran sorpresa y escándalo del dueño de la casa, empezaron a hacer toda suerte de cabriolas.

—¡Eso no se hace!—exclamó Poderoso, cuando la cólera le dejó hablar.—Nunca en mi vida vi a nadie que hiciese estas cosas en mi presencia.

—Pues, entonces, esto será una sorpresa para vos—le aseguró el descarado Don.

—¡Mayordomo, despide inmediatamente a esos dos desvergonzados!—ordenó el señor Poderoso.—Pero, antes, dales una zurra.

El mayordomo le dijo al oído que nadie más en el País de las Hadas sería capaz de hacer tan buen trabajo como habían hecho Din y Don, y rogó a su señor que les dispensara por unos días, para dejarles que acabaran su tarea.

—Bueno—se avino Poderoso,—pero que tengan cuidado, porque, de lo contrario, les daré un disgusto.

Mas Din y Don no le hicieron ningún caso, sino que se portaron peor que nunca. Metían papeles en los zapatos nuevos del mayordomo, atraparon un ratón y lo metieron en la cama del señor Poderoso y aún cierta noche, cuando se iba a acostar, le dieron tan gran susto, que el pobre señor se cayó por la escalera, yendo a desplomarse sobre el gato, que le clavó las uñas en una pierna, al tiempo que soltaba un gran bufido.

El señor Poderoso también gritó, pero de dolor. Después de tal jugarreta, los geniecillos, reventando de risa, se metieron en sus camas. Tenían la esperanza de no haber sido descubiertos.

Pero se equivocaban, pues el señor Poderoso sabía que eran ellos los culpables y les preparaba un castigo. Esperó a que hubiesen terminado de pulimentar el último objeto de metal y luego los hizo llevar a su presencia.

—Ya hemos terminado—dijeron ellos.—Hemos trabajado catorce días, a razón de diez céntimos diarios, de modo que nos debe usted dos pesetas y ochenta céntimos.

—¡Pues no os daré ni un cuarto!—declaró airado el señor Poderoso.—Habéis sido unos desvergonzados escandalosos y unos descarados. Se os ha dado bien de comer y una buena cama, de modo que ésta será la única recompensa que obtendréis, puesto que habéis hecho tantas travesuras.

—No tenéis derecho a hacer eso—exclamó Don, disgustado.

—¿Ah, no?—preguntó Poderoso.—Pues ya lo veréis. Mayordomo, lleva a esos dos geniecillos al calabozo del torreón.

—¡Oh, perdonadnos! — exclamaron aterrorizados los pobrecitos.

Pero Poderoso no quiso hacerles caso y así fueron encerrados en el calabozo del torreón. Era un lugar espantoso. Una bruja había pronunciado allí un encantamiento, y debido a él aquel calabozo se ponía muy caliente por espacio de dos horas y luego helado por otras dos y así sucesivamente y sin parar.

El lugar no resultaba nada agradable, como se comprende, y los geniecillos estaban desesperados. Primero temblaron de frío y corrían de un lado a otro del calabozo para reaccionar. Pero, luego, de pronto, sintieron que todo quemaba y tuvieron que tenderse en el suelo, jadeando y sin poder respirar apenas.

—Es un castigo muy cruel—dijo el pobre Din, que se moría de calor.—Y me consta que el Rey del País de las Hadas no permitiría eso.

—Poderoso es una mala persona—le contestó Don—y él mismo merece un buen castigo. ¿Qué le hemos hecho nosotros? Nada más que algunas travesuras sin importancia.

—¡Ojalá pudiéramos escapar!—exclamó Din.—¿No valdría la pena de probarlo, Don?

—Ya sé cómo—dijo éste.—Cuando venga ese viejo que nos trae de comer, no diremos una palabra y permaneceremos inmóviles en absoluto. Entrará para ver si ocurre algo y entonces nos apoderaremos de él y de sus llaves.

Así pasó. El viejo cayó en la trampa preparada y los geniecillos se hicieron dueños de las llaves, gracias a las cuales lo encerraron en el calabozo. Luego subieron la escalera, hasta ver de nuevo la luz del sol, porque el calabozo estaba en el subterráneo.

—Más valdrá que echemos a correr, ahora que la salida está libre—murmuró Din cuando hubieron llegado al vestíbulo del palacio.



DIN Y DON TEMBLABAN DE FRÍO

—¡Chitón!—susurró entonces su compañero. — Ahí está el mayordomo.

Corrieron a ocultarse detrás de unas capas colgadas en el vestíbulo y observaron los actos del mayordomo. Este llevaba unas botas de montar, un par de guantes rojos y un bastón muy brillante. Lo puso todo en un arcón de roble que había en el vestíbulo y luego se alejó escalera arriba.

—¡Caramba! Esos objetos va a usarlos Poderoso en persona—murmuró Din, volviéndose a su compañero.— ¿Qué te parece si los encantamos?

—Muy bien—le contestó Don.

Salieron de su escondrijo y Din hizo un encantamiento en una de las botas, por lo que ésta se vería obligada a saltar. Don, por su parte, hizo otro en uno de los guantes, encantamiento que haría que se estremeciera con-

tinuamente. Finalmente, los dos hicieron un poderoso encantamiento en el bastón.

Apenas lo hubieron hecho, cuando apareció Poderoso, ya vestido para salir, aunque sin botas, guantes ni bastón. Los duendecillos lo observaban desde su escondrijó, al que habían vuelto corriendo.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta principal del palacio y el mayordomo acudió a abrir. ¡Qué sorprendido se quedó al verse en presencia del Rey del País de las Hadas!

—Buenos días, Poderoso—dijo el monarca ofreciendo la mano al dueño del palacio.—Quizá he venido demasiado pronto para salir a pasear contigo, pero vale más así.

—No importa, Majestad—aseguró Poderoso, henchido de orgullo.

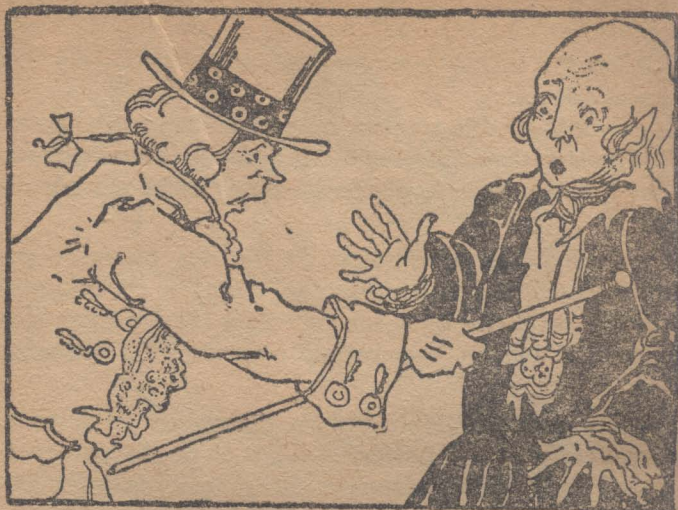
Se calzó las botas de montar y los guantes, y tomó el bastón.

Entonces empezó la cosa. El encantamiento de su guante obligó a Poderoso a agitar su puño ante el rostro del soberano y el encantamiento de la bota fué causa de que empezase a saltar, en tanto que el bastón, por sí mismo, fué a dar un terrible metido en las costillas del monarca.

—¡Dios mío! ¿Qué haces? — exclamó el soberano, asombrado.—¿Estás loco, Poderoso?

Este continuó saltando de un lado a otro y dando vueltas al vestíbulo. Puso el puño ante las narices del asombrado mayordomo y metió el puño del bastón entre las costillas de dos lacayos, que no comprendían qué era lo que sucedía.

Pero por más que hizo Poderoso, no logró dejar de saltar, agitar su puño y molestar a la gente con su bas-



PODEROSO DIÓ AL MONARCA UN TERRIBLE METIDO CON SU BASTÓN

tón. Todos se alejaron de él a toda prisa y, asombrados y aún asustados, se quedaron mirándole.

Din y Don contemplaban la escena desde su escondrijo y se divertían en grande. Reíanse muy a gusto, aunque tapándose la boca con el paño de las capas, para no ser oídos.

Pero cuando Poderoso dió tal golpe al mayordomo, con su bastón, que el pobre hombre cayó, rodando, los dos traviesos geniecillos ya no pudieron contener su hilaridad. Rodaron a su vez por el suelo, riéndose como locos, apretándose los costados y derramando lágrimas a consecuencia de tantas carcajadas.

Todos los lacayos, el mayordomo, el señor Podero-

so y aún el mismo Rey los miraban sorprendidos y enojados.

—¡Son Din y Don!—exclamó el mayordomo.—Se han escapado de...

—¡Calla!—le dijo su amo, amenazándolo con el puño.

Y el mayordomo obedeció, recordando a tiempo que el Rey había prohibido el uso de aquel calabozo encantado.

Los lacayos se apoderaron de los dos traviesos geniecillos y entretanto Poderoso se acercó a ellos saltando. Agitó los puños ante sus narices y les dió tales metidos con el bastón, que ambos empezaron a gritar de dolor.

—¿Qué encantamiento habéis puesto en mi guante, en mi bota y en mi bastón?—rugió el dueño del palacio.—¡Quitad inmediatamente la magia de esos objetos!

Don declaró:

—Desaparecerá dentro de dos minutos, porque sólo tiene fuerza para diez.

En efecto, aquella magia cesó de pronto y con ella todas las molestias de Poderoso. El hombre se alegró mucho de ello, ante el temor de verse obligado a amenazar de nuevo al Rey y aún de darle un nuevo metido en las costillas. Sólo el pensar esto, le congestionaba de cólera.

—Ahora me gustaría conocer la explicación de todo eso—dijo el Rey.—Vámonos a una sala, Poderoso, para ver si lo aclaramos.

Todos se dirigieron a un gabinete de la planta baja. Poderoso estaba muy preocupado, porque temía la posibilidad de que se llegase a descubrir el trato que había dado a los dos geniecillos.

—¡Ahora, explicaos!—ordenó severamente el Rey vol-



DIN Y DON EMPEZARON A DAR BRILLO A LAS CEREZAS MADURAS

viéndose a éstos y una vez se hubo sentado.

Din y Don se echaron a temblar como hojas agitadas por el huracán y apenas se vieron con ánimo de contestar.

—Con... con... con... vues... vuestro per... per... mi... mi... so, Majestad: vinimos aquí a limpiar unos objetos... y en cuanto lo hubimos hecho, el señor Poderoso no quiso pagarnos y, además, nos metió en el calabozo Ardiente y Helado.

—¿Qué significa eso, señor Poderoso?—preguntó entonces el Rey a Poderoso.

A su vez, el señor del castillo empezó a temblar.

—Esos malvados geniecillos se condujeron con tanta desvergüenza y tanto descaro... que yo... que yo... no... no... no... me acordé de que no debía encerrarlos en... en... el calabozo.

—Sabed, Majestad, que nos escapamos y que, para vengarnos de ese hombre malvado, hicimos encantamientos sobre su guante, su bota y su bastón—explicó Din, más animado.

—¿Ah, sí?—exclamó el Rey con acento tan helado, que otra vez asustó extremadamente a los geniecillos. —¿Acaso sois el Rey y os figuráis tener el derecho de castigar a la gente? En cuanto a vos, Poderoso, veo que me habéis desobedecido. Estoy muy disgustado con los tres. A vosotros, Din y Don, os doy seis horas para que salgáis del País de las Hadas y si no lo hacéis, os convertiré en mirlos. Y vos, señor Poderoso, pasaréis un día entero en el calabozo Ardiente y Helado, para que sepais cómo es.

Los tres profirieron exclamaciones de pena y de dolor y, especialmente, los geniecillos no podían soportar la idea de alejarse de su amado País de las Hadas. Pero el deseo del monarca era ley y así Din y Don, saliendo del palacio, hubieron de dirigirse a las doradas puertas del País, situadas a veinte kilómetros de distancia.

Poderoso, por su parte, pasó un día en el calabozo encantado y salió persuadido de que aquel lugar no tenía nada de agradable. Por esto lo hizo tapiar, con el fin de que nunca más volviese a ser utilizado.

—¿Y qué hicieron Din y Don?—preguntaréis vosotros.

Pues llegaron a nuestra tierra, precisamente cuando maduraban las cerezas y como eran unos geniecillos muy activos, a pesar de ser tan traviosos, se dedicaron a pulimentar y a sacar brillo a las cerezas que maduraban en los árboles.

De manera que si alguna vez o habéis preguntado por qué las cerezas son tan brillantes, ahora ya lo sabéis. Ello es obra de Din y Don.

EL MONO DE JULIA

Una vez había una niña, llamada Julia, que tenía muchos animalitos. Por ejemplo, un perro llamado Pipo, un gato a quien daba el nombre de Bigotazos, dos cobayas que, respectivamente, respondían a los nombres de Bobón y Sosón, y luego un sapo, que vivía debajo de una de las gradas del jardín. Ya veis, pues, que tenía mucho trabajo en cuidar de todos ellos.

Pero deseaba poseer un mono. Le pareció que sería muy divertido y que ella se divertiría mucho, observando sus juegos con Pipo. Pero su mamá le contestaba siempre en sentido negativo, diciéndole que tenía ya bastantes animalitos.

Un día, Julia estaba jugando sobre la hierba con Bigotazos y, de pronto, vió un trébol de cuatro hojas. Ya sabéis que traen suerte, de modo que la niña se alegró mucho. Sabía que si se lo ataba con un hilo y lo llevaba colgado del cuello durante todo el día, se cumpliría el primer deseo que expresara, porque los tréboles de cuatro hojas son mágicos y pertenecen a las hadas. La niña cogió aquel trébol y lo examinó con cuidado, para cerciorarse de que no sufriría ninguna ilusión. Vió que, en efecto, tenía cuatro hojas y luego echó a correr, para mostrárselo a su mamá. Hecho esto se lo colgó del cuello mediante un hilo y ¿cuál os figuráis que fué su deseo?

—Me gustaría tener un mono pequeñito—pensó varias veces durante todo el día.

Pero no apareció ningún mono. Julia se fué, muy disgustada, a la cama, diciéndose que, con toda seguridad, los tréboles de cuatro hojas no tenían nada de mágicos. Pero, en el preciso instante en que se dormía, se oyó un ruido muy raro en el cuarto de los juguetes, inmediato a su dormitorio. Sentóse en la cama y entonces percibió claramente un ruido extraño, como si alguien murmurase unas palabras en voz baja.

—Voy a ver qué es—pensó.

Saltó de la cama y se dirigió a la habitación inmediata, quedándose asombradísima ante lo que vió. Aquel ruido procedía del rincón en que estaba la cuna de las muñecas y vió que en ella se había metido un monito de color pardo.

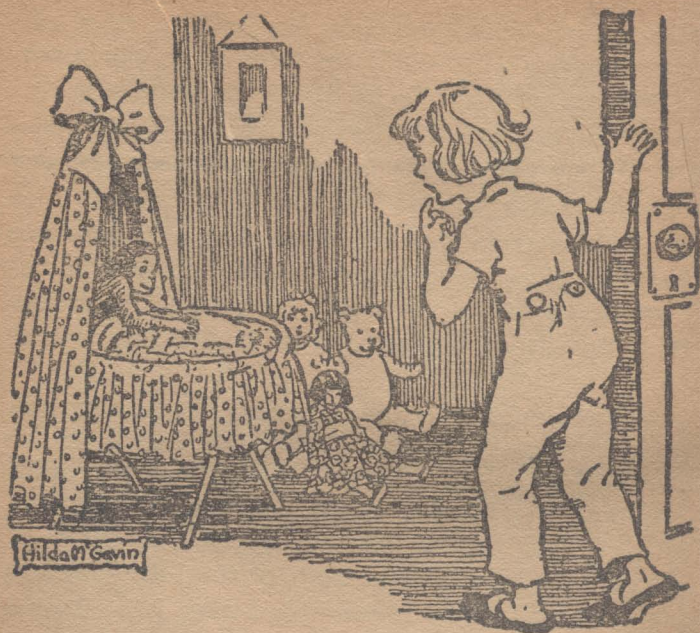
—¡Oh, qué suerte! — exclamó, entusiasmada, acercándose al mono.

Éste extendió una pata anterior y acarició a la niña. Luego se tendió en la cuna y se arropó, porque tenía mucho frío.

—¡Pobrecillo! — exclamó Julia. — Voy a ponerte un buen abrigo, que pertenece a mi osito. Así estarás caliente.

En efecto, fué en busca de un abrigo de color rojo y se lo puso al mono, que quedó muy satisfecho. Entonces la niña lo arropó bien y le dijo que durmiera hasta la mañana siguiente.

El mono cerró los ojos en tanto que Julia volvía, muy satisfecha, a su propia cama. Habíase cumplido su de-



EN LA CAMA DE LA MUÑECA HABÍA UN MONO

seo, de modo que volvió a tener fe en los tréboles de cuatro hojas.

A la mañana siguiente, fué a visitar al mono y lo encontró todavía dormido en la cuna. Se preguntó qué le gustaría para desayunar y en aquel momento recordó que a los monos les gustan muchos los plátanos. Fué al aparador, donde su mamá guardaba la fruta, tomó un plátano, le quitó la piel y luego fué a ofrecérselo al mono.

Éste despertó en cuanto la niña lo hubo zarandeado

un poco, sus ojuelos chispearon de alegría al ver el plátano y empezó a comérselo sin dejar de charlar extrañas palabras, que la niña no podía comprender.

—Me parece que estás un poco sucio—dijo Julia—de modo que voy a darte un buen baño. Además, una de tus patas traseras está herida, y te la vendaré.

En aquel momento, mamá llamó a la niña para que fuese a desayunar y tan pronto estuvo sentada a la mesa, empezó a hablar del mono. Su mamá, figurándose que se trataría de algún mono de juguete, no le hizo caso.

En cuanto hubo terminado su desayuno, la niña preparó el baño de la muñeca, poniéndole agua tibia, en la que deshizo un poco de jabón. Luego tomó un cepillo para las uñas y llamó al mono, que acudió inmediatamente.

El baño no resultó de su agrado, pero, sin embargo, al salir estaba limpio y mucho más bonito. Julia le alisó el pelo con el cepillo de las uñas, lo secó muy bien con una toalla, le puso luego la chaqueta de color rojo y una corbata de color azul. Hecho esto lo llevó al sol y el mono volvió a quedarse dormido. Era muy lindo y al parecer tenía poca edad.

Antes de que se quedara dormido, Julia le vendó la pata, en la que había un corte. Luego lo metió en el coche de las muñecas y se dijo que sería muy divertido llevarlo a pasear. En efecto, lo sacó así al jardín y al fin el mono se despertó, dispuesto a jugar.

Me gustaría que lo hubieseis visto. Tiró del rabo de Pipo, se subió a los árboles, dirigió algunas de sus extrañas palabras a Bigotazos, que le tenía un poco de



Hilda McEvin.

JULIA LO LAVÓ MUY BIEN

miedo y luego saltó al hombro de la niña y le quitó una peineta. Era un animalito muy travieso.

Cuando mamá salió al jardín se quedó asombradísima al ver al mono, de tal manera, que apenas se resolvió a creer lo que tenía ante los ojos.

—¡Julia! — exclamó. — ¿De dónde has sacado ese mono?

—Ya te he hablado de él durante el desayuno, mamá — contestó la niña.

—Pues yo me había figurado que te referías a un juguete. ¿De dónde has sacado ese mono?

—Lo deseé y lo encontré en casa — contestó Julia. — Ten en cuenta, mamá, que ayer encontré un trébol de cuatro hojas.

Su mamá estaba extrañadísima. A su juicio, el mono se había escapado de alguna casa vecina, de modo que la niña no tenía derecho a retenerlo. En cambio, Julia aseguraba que era suyo, pues se presentó en la casa, en cumplimiento de su deseo.

En cuanto la cocinera vió el mono, dijo que ya sabía de dónde había venido.

—Estoy segura de que es el mismo que vi montado sobre un aristón que toca un italiano — dijo. — Muchas veces he visto cómo ese hombre pega cruelmente al pobre mono. Éste es muy pequeño y, además, muy cariñoso.

—Bueno, ya averiguaremos si pertenece al hombre del organillo — dijo la mamá.

—Es mío — replicó la niña echándose a llorar. — No pertenece al hombre del organillo. Yo lo deseé y él vino.

Lo cierto era que el mono pertenecía a aquel italiano. Así resultó de las averiguaciones que hizo papá, pues un policía le dijo que, en efecto, aquel individuo



—DEME USTED CINCO PESETAS Y PUEDE QUEDARSE
CON EL MONO—DIJO EL ORGANILLERO

había perdido su mono.

—¡Oh, no quiero que vuelva a verse en poder de ese hombre malvado!—exclamó Julia, sollozando y abrazando al mono.—No quiero que vuelvan a pegarle. ¡Tan bueno y cariñoso como es!

—Iré a ver al hombre del organillo y hablaré con él
—dijo papá.

Salió de la casa y después de averiguar el domicilio de aquel individuo, fué allá y llamó a la puerta de su casa.

El italiano ocupaba una casita muy pequeña y sórdida, y en cuanto se enteró de que habían encontrado a su mono, quiso recobrarlo inmediatamente.

—Es un animal tonto y débil—dijo.—A mí no me gusta. He de pegarle todos los días, porque no quiere aprender a pasar el plato.

—Pues, si usted quiere, estoy dispuesto a comprárselo para mi hija—dijo papá.—A ella le ha sido muy simpático, y, al parecer, el animal se encuentra a gusto en compañía de la niña. Si vuelve usted a quedárselo, es muy fácil que pille un resfriado y se muera.

—Si me da usted cinco pesetas, puede quedarse con ese bicho—contestó inmediatamente el hombre del organillo.

Papá le entregó las cinco pesetas, regresó a su casa y llamó a la niña. Ella acudió llevando en brazos al mono y tenía los ojos llenos de lágrimas por figurarse que su papá se disponía a quitárselo.

—No llores, Julia—le dijo su papá.—El hombre del organillo no quiere recobrar el mono. Se lo he comprado. Te encargo, pues, que lo cuides mucho, porque este pobre animal ha sido maltratado y no es muy robusto.

Quisiera que hubieseis visto la cara que puso Julia. Dió un abrazo a su papá y a su mamá, y luego otro al mono.

—Ya sabía yo que era mío—exclamó.—Las hadas se enteraron de mi deseo y se apresuraron a complacerme. Quitaron el mono a ese hombre malvado y lo metieron

en el cuarto de los juguetes. Ya sabes, mamá, que yo encontré ayer un trébol de cuatro hojas. ¡Oh, qué contenta estoy!

El mono sigue viviendo en compañía de Pipo y de Bigotazos. Es algo travieso y aún capaz de quitar el pañuelo a cualquiera si ve a alguien distraído. Pero, por lo demás, es un bicho muy bondadoso.



LA MUÑECA ABANDONADA Y SUS DOS SALVADORES

Conchita jugaba en el jardín con su osito y su muñeca. Los llevó al pie de la cerca y luego se subió al peral, sentándose en una rama y, tomando al osito, lo puso a su lado. En cuanto a la muñeca, la dejó en lo alto de la cerca.

—Te ensuciarías el traje si te sentaras en el árbol—le dijo, para consolarla.—El oso, en cambio, no puede ensuciarse la ropa, porque no la lleva.

Y, precisamente, cuando mecía al oso, la llamó su aya.

—¡Conchita, ha venido a verte tu tía Emilia!

La niña saltó al suelo muy alegre, llevándose al osito, pero se olvidó de la pobre Belinda, la muñeca, dejándola en lo alto de la cerca.

Y lo peor fué que en todo el día no volvió a acordarse de la pobre muñeca, ni siquiera cuando, por la noche, guardó a los juguetes. En cambio éstos sí que la echaron de menos.

—¿Dónde está Belinda?—preguntó el payaso, mirando a su alrededor.

—Estará todavía en lo alto de la cerca—contestó el osito.—Conchita la olvidó allí.

—¿Es posible?—exclamó el fantoche, sorprendido.—¡Pobre Belinda! Allí sola tendrá mucho frío y miedo. ¿Y si cayera? Podría romperse una pierna.



EN AQUEL MOMENTO LA LLAMÓ EL AYA

Los juguetes se miraron apenados, pues querían mucho a la muñeca.

—¿Queréis que vayamos a buscarla?—dijo luego el oso.—Si me acompaña alguien, iremos allí.

—Está muy oscuro—objetó el fánfoche, asomándose a la ventana.

—Yo, por mi parte—manifestó el soldado de madera, temblando,—tengo miedo de que alguien me coja y me devore.

—El mismo peligro corre Anita—hizo saber el oso.—Eso sería espantoso. Bueno, ¿quién me quiere acompañar?

—Yo—contestó al fin una vocecita, la del ratón de cuerda que, aún siendo muy tímido, quería en extremo a la muñeca.—Pero antes es preciso que me deis cuerda.

El fantoche lo hizo así y luego el ratón y el oso se alejaron. Salieron por la ventana y bajaron al suelo por la tubería de desagüe. El ratón cayó de nariz, pero no se hizo daño.

El jardín estaba muy oscuro. Por esto el osito dió de cabeza en un tiesto y se hizo un chichón más que regular en la cabeza. Pero el ratón se lo frotó muy bien y siguieron adelante.

De pronto tropezaron con un animal muy grande y el oso sintió un fuerte pinchazo.

—¡Oh, me han dado una puñalada!—exclamó con desmayo.—Es un enemigo que tiene una espada.

El ratón entonces empezó a chillar muerto de miedo y aquel extraño ser se detuvo mientras le brillaban los ojos.

—No os haré daño—dijo.—Soy un erizo inofensivo y ando buscando cucarachas. ¿Habéis visto alguna?

—No—contestó el oso.—¿Con qué me has pinchado?

—Habrá sido sin querer, con una de mis púas. Lo siento mucho—afirmó el erizo.—Bueno, si veis cucarachas, empujadlas hacia acá.

Los dos amigos convinieron en ello y siguieron adelante. De pronto, el ratón pidió al osito que le diese cuerda otra vez, porque ya se le había acabado.

Así lo hizo el osito y el ratón continuó corriendo a su lado. De este modo llegaron ambos camaradas al extremo del jardín. De repente, algo se arrojó sobre ellos y agarró al ratón en sus garras.

Pero el oso gritó con todas sus fuerzas:

—¡Suéltalo!

—¡Demonio! — exclamó el desconocido. — ¿Quién eres? ¡Yo soy un buho!



—¡POBRE BELINDA! TENDRÁ MUCHO MIEDO—
OBSERVÓ EL FANTOCHE

—Pues yo un oso de trapo. Suelta a mi amigo. Has de saber que no es un ratón verdadero, sino de juguete.

—¿Ah, sí?—exclamó el buho, mirando luego de cerca al asustado ratón.—Es verdad—reconoció al fin.—Bueno, no me gustan los aparatos de relojería y por esto lo soltaré. Yo busco ratones de verdad. Si encontráis algunos, haced el favor de mandarlos hacia acá.

Los dos amigos se lo prometieron y el buho, luego de despedirse de ellos, echó a volar sin hacer ruido. Los dos juguetes continuaron su camino. El oso pisó una babosa y resbaló, y el ratón tropezó con un gran caracol y tuvo necesidad de que le diesen cuerda otra vez. Pero ya no les ocurrieron más aventuras hasta llegar a la cerca del jardín.

—¡Belinda! ¡Belinda! ¿Estás ahí?—preguntó el osito.

—¿Eres tú, amigo Oso?—inquirió a su vez la muñeca.—Estoy muy asustada. Desde encima de la pared me mira una cara muy grande y tengo mucho miedo. ¿Habéis venido a salvarme?

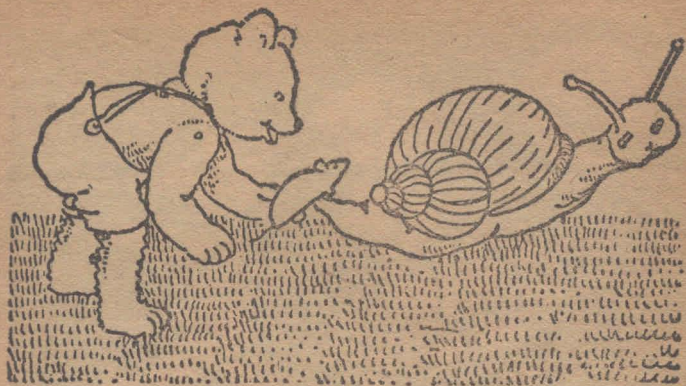
—Sí, el ratón de juguete y yo estamos aquí. Ahora subiré al árbol para cogerte y el ratón se quedará en el suelo vigilando.

Belinda oyó subir al osito por el peral y pronto lo vio a su lado. Entonces él le dió un abrazo y le dijo:

—Ya no tengas miedo, porque te llevaremos sana y salva a casa.

—Mira, esa cara grande y brillante que nos mira a través de los árboles—murmuró la muñeca, aún llena de miedo.—¿Crees que nos devorará?

—Supongo que no—manifestó el osito, mirando el citado rostro redondo y resplandeciente, mientras se estremecía de temor.—Vámonos cuanto antes.



EL RATÓN TROPEZÓ CON UN CARACOL

Ayudó en seguida a la muñeca para que bajara por el árbol y, al fin, llegaron los dos al suelo.

—Habrás de darme cuerda otra vez, oso—dijo el ratón, en cuanto le vió.

Pero en aquella ocasión fué muy difícil, de modo que el oso empleó largo rato en la operación.

De pronto, Belinda dió un grito y señaló hacia arriba.

—¡Ahí está otra vez esa horrible cara mirándonos!—exclamó.

—Pues corramos—contestó el oso, también asustado.—Ven, ratón. Dame la mano, Anita.

Y sin interrumpirse más que una vez, para dar cuerda al ratón que de nuevo se había quedado sin ella, llegaron al pie de la casa, se encaramaron por la tubería de desagüe y, jadeantes y soñolientos, entraron por la ventana.

—¿Qué os pasa?—preguntó el fantoche.—¿Os persigue alguien?



—¡CORRAMOS!—EXCLAMÓ EL OSITO

—Sí, nos mira una cara grande y muy brillante. Ahí está, asomándose a la ventana—hizo saber el osito.

—¡Tontos!—exclamó el fantoche, viendo lo que era y echándose a reír.—¡Es la luna! Habéis tenido miedo de la luna.

Ambos exploradores se quedaron muy avergonzados, al saber la verdad. Pero como luego Anita dió un beso al osito y otro al ratón, asegurando que eran los juguetes más valientes del armario, los dos expedicionarios ya no hicieron caso de las burlas del fantoche.

—Por mucho que se ría el fantoche—declaró la muñeca,—la verdad es que no tuvo el suficiente valor para venir a buscarme. Ahora nosotros tres seremos amigos para siempre jamás.

AVENTURAS DE GUILLERMO



RICHMAL CROMPTON, el autor de estas amenas narraciones, ha visto coronado su ingenio por el éxito mas rotundo. Veintidos ediciones lleva publicadas de algunos de sus celebres libros de GUILLERMO, el mas travieso, perspicaz y malicioso chiquillo de nuestros tiempos. Sus disparatadas y graciosas aventuras entusiasman a los pequeños, llenan de dulces añoranzas a los mayores y divierten mucho a todos los que las leen.

Publicados

GUILLERMO, EL PROSCRITO

GUILLERMO, EL INCOMPRENDIDO

En preparación:

GUILLERMO, EL GENIAL

Precio de cada volumen, en cartone \$ 1.50

Venta en librerías y kioscos. Si no las encuentra en su localidad, puede pedirías acompañando su importe en estampillas o giros postales.

LOS ENVÍOS SON LIBRES DE PORTE

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES